

# Masacre de periodistas: un Perú que duele.

**E**l sábado 29 de enero por la noche comenzó a circular una terrible noticia: dos periodistas de una comitiva de ocho habían sido asesinados en un caserío de Ayacucho. Se habían identificado sus pertenencias y los otros seis estaban desaparecidos.

En las horas siguientes se confirmó que los ocho habían muerto. El domingo 30, un grupo de periodistas que viajó ese mismo día de Ayacucho, nos trajo la información de este horrendo episodio. Cuando poco a poco nos íbamos enterando de lo ocurrido, cuando confirmábamos, a pesar nuestro, que era cierta esta terrible masacre, fuimos comprendiendo que esos ocho cadáveres nos transmitían una información decisiva, su reportaje póstumo: en el Perú, en un régimen que se proclama democrático y legal, se vive hoy un clima de barbarie como jamás lo hubiéramos imaginado.

Estos muertos nos han permitido conocer los rostros de hombres y mujeres de la comunidad de Uchuraccay que han sido llevados a perpetrar un horrendo crimen. No podemos ignorar la complejidad de este acontecimiento. Sería simplista encontrar sólo una explicación. La masacre de Uchuraccay ha traído ante nuestros ojos toda la violencia acumulada secularmente en este pueblo indio, pobre, despojado de su cultura, y deshumanizado. ¡Cuánto terror, cuánta desesperanza, cuánto embrutecimiento habrá sufrido esta comunidad para creer y hacer lo que le decían: "todo extraño que viene por tierra es un enemigo, hay que matarlo y hacerlo con ensañamiento". Hemos comprendido, a través de este reportaje heroico, en forma brutal y dolorosa, cuán profunda y grave es la violencia que estamos viviendo y cuál es el precio de responder a ella con la misma violencia.

Estos ocho compañeros periodistas han sacudido la opinión pública que ya comenzó a encontrar habitual la guerra desatada entre terroristas, fuerzas policiales, el ejército y los campesinos. Incluso se empezaba a alimentar una corriente de opinión que justificaba la matanza de terroristas por los propios campesinos. El propio Presidente hizo declaraciones en este sentido. El diario El Comercio llegó a poner el día 25, la víspera del asesinato de los periodistas, en su primera página: "Cúnde ejemplo en Ayacucho; Pueblo de Uchuraccay mató



a 5 terroristas". Se iba implantando ya el argumento de responder a Sendero Luminoso con el único expediente de la violencia.

Pedro Sánchez, Jorge Sedano, Willy Retto, Eduardo de la Piniella, Amador García, Jorge Luis Mendivil, Félix Gavilán y Antonio Infanta, además del guía Argumedo, han entregado sus vidas para decirnos qué salvaje es ese procedimiento, qué peligroso camino hemos comenzado a transitar en la vida de este país.

"La sangre derramada jamás será olvidada" ha sido uno de los gritos que durante el sepelio han llenado las calles de Lima. No olvidar esa sangre exige hoy no cejar hasta conseguir una investigación seria y exhaustiva sobre los responsables de la matanza. Ojalá la gravedad de estos hechos lleve a las autoridades a asumir su responsabilidad en ellos, abandonando una práctica de encubrimiento y de cinismo que en los últimos tiempos se ha extendido de manera bochornosa.

Ojalá haya todavía en este país, que hoy nos duele tanto, un poco de dignidad y valentía para saber asumir una de las condiciones de la auténtica democracia: no ocultar la verdad.

Tememos que el resultado de las investigaciones sólo llegue a sindicarse a los campesinos como culpables de este crimen: ¿Son sólo ellos y principalmente ellos los verdaderos culpables de lo ocurrido? No nos dejemos llevar por el argumento ya lanzado por autoridades militares y civiles que su poca cultura los indujo a proceder en esa forma. No, esa no es explicación suficiente. Es-

te trágico episodio que acabamos de vivir no es tan simple. Vayamos hasta las últimas consecuencias en la investigación.

Desde nuestra fe, tenemos la convicción que el testimonio de estos ocho hermanos periodistas nos llama a conversión, invitándonos a adoptar una postura incorruptible para defender en primer lugar nuestro derecho a saber la verdad; éste es el reclamo del pueblo peruano. La conversión por otro lado no es posible sin una actitud de pedido de perdón por esta violencia secular que azota a nuestro pueblo, que le quita la vida día a día, que lo aliena hasta límites inimaginables. Reconozcamos que en ella todos tenemos, por razones distintas y por supuesto en grados muy diversos algo de responsabilidad.

Queridos periodistas, este reportaje póstumo que sus cuerpos sin vida nos han traído nos ha hecho doler el Perú. La entrega generosa de ustedes, su búsqueda inquebrantable y audaz de la verdad de lo que está ocurriendo en Ayacucho, es un grito que empuja y fortalece en nosotros la convicción que es posible cambiar esta situación, que es posible construir una sociedad nueva donde "ya no se sentirán en adelante sollozos de tristeza ni gritos de angustia. Ni habrá más allí, recién nacidos que apenas vivan algunos días, o viejos que no vivan cien años. . . No llegar a los cien años será tenido como una maldición. . . Ya no edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma". (Is. 65: 19-22).